

*LOS INTELLECTUALES GALLEGOS FRENTE
AL HECHO TAURINO; FILIAS Y FOBIAS*

José María S. Sanmartín Miguez*



iene de lejos, de muy lejos, la toma de postura de variados sectores de la sociedad frente a una actividad que durante siglos ha estado copando los momentos culminantes de su vida lúdica, y que además –y sin proponérselo– se ha erigido en actividad señera e identitaria de esa misma sociedad que la ha disfrutado.

Pocas veces, a lo largo de la historia, ha sido el pueblo el que ha levantado de forma espontánea su voz para pronunciarse públicamente respecto al hecho taurino. Simplemente, quien lo deseaba y podía, iba a los toros o se interesaba por ellos, y quien no, los ignoraba.

Tradicionalmente han sido algunas instituciones (la Iglesia Católica es la más significativa) las que se han pronunciado en este sentido. Pero en mayor medida han sido voces pertenecientes a las élites culturales las que han utilizado sus privilegiadas tribunas para denigrar o ensalzar la fiesta de los toros en España, esgrimiendo razones muy dispares e históricamente cambiantes, como enseguida veremos.

Pues bien, son a estas voces surgidas de lo más granado de la población gallega, que en un determinado momento se han

* Academia de Farmacia.

expresado acerca del tema que nos ocupa, a las que vamos a dar eco en las páginas que siguen. Y dado que el concepto de intelectualidad es bastante genérico, nos hemos aferrado a la tercera acepción que de él da el diccionario de la RAE: «dedicado preferentemente al cultivo de las ciencias y las letras» para incluir en este artículo los nombres que a continuación se proponen, con la certeza de que, de este modo, no habrá yerro posible. Será un recorrido cronológico, buscando una adscripción de los protagonistas a las sucesivas etapas de la tauromaquia y de la sociedad en la que esta se desarrolló.

Nuestro estudio se remonta al siglo XVIII y comienza con dos opiniones abiertamente antitaurinas. Ambas surgen del criterio de dos frailes que figuran como verdaderos *cabezas de cartel* de la Ilustración española, movimiento minoritario –elitista, habría que decir– y heterogéneo, desarrollado a lo largo del siglo XVIII, que buscaba iluminar a una sociedad empantanada en su senda de atraso, superstición y lamentable pobreza intelectual. Este objetivo se logró sólo parcialmente, y si no consiguió empapar a las masas, supuso al menos una importante salpicadura que se convertiría en sustrato intelectual de futuras mudanzas sociales.

La primera de estas opiniones fue la de fray Martín Sarmiento (Villafranca del Bierzo, 1695-Madrid, 1772). Aunque nacido en la provincia de León, el que iba a ser famoso ilustrado benedictino residió en Pontevedra desde los cuatro meses de edad hasta los quince años. Regresaría de nuevo a Galicia en 1725. No es improbable que Sarmiento tuviese vivencias taurinas, al menos como espectador. Hay que pensar que en su época los toros se corrían en la plaza pública, fuese la plaza mayor de la villa u otra que por sus características se considerase apropiada para ello. En la Pontevedra de su infancia los festejos se desarrollaban en la de la Herrería, en la del Pescado y en la de la Alhóndiga, en días muy señalados, como la víspera de San Juan

o la festividad de San Bartolomé. Para verlos sólo había que acercarse allí con un poco de antelación y encaramarse a los vallados y talanqueras de madera que cada año se levantaban para la ocasión.

Como muchos coetáneos suyos, el padre Sarmiento no era contrario a los toros por lo que sucedía en la arena, sino por lo que podía acontecer en los tendidos. No pensemos en desórdenes públicos, sino en situaciones mucho más sutiles. En primer lugar la peligrosa proximidad de los dos sexos, asunto que no consentían siquiera los «moros, pues tenían mucho cuidado de tener a sus mujeres encerradas» (Shubert, 2002: 182). El religioso llegó a proponer que se dieran corridas separadas para hombres y para mujeres. «Estoy seguro –escribió– que si las corridas de Madrid se dividieran en dos partes iguales, una para entretener a los hombres y otra para entretener a las mujeres, no habría tantas ni asistiría a ellas tanta gente ociosa» (Shubert, 2002: 133). Además, consideraba que la mujer en la plaza, como torera –era el caso de la pionera Nicolasa Escamilla *La Pajuelera*–, llevaba la «ignominia del devoto femenino sexo» (Shubert, 2010: 21), muy al contrario de como procedían «las niñas gallegas, que puestas a la frente de una vaca o buey manso están hilando todo el día y cuidando que ese ganado no eche la lengua a las mieses que tiene en la boca».

Pero más incluso que la promiscuidad sexual o la cuestión femenina, lo que el benedictino denigraba era la repercusión que las corridas tenían en el rendimiento laboral de la población.

«Cada corrida de toros sirve de excusa para desperdiciar tres días en ocio: la noche anterior, por la anticipación; el mismo día y al siguiente, cuando descansan del agotamiento por la agitación y los gritos [...] En esos días nadie trabaja o gana dinero, pero comen más de lo necesario y beben *ultra condignum*, y lejos de que alguien gane un céntimo, se gastan muchas pesetas en su pereza» (Shubert, 2002: 182-83)

Aunque con muy diferente motivación y discurso argumental, el también benedictino e ilustrado Benito Jerónimo Feijoo (Pereiro de Aguiar, 1676-Oviedo, 1764) se sitúa en la misma vertiente utilitarista antitaurina que su hermano de orden. A lo largo de su prolífica obra, el monje orensano no entró en valoraciones éticas de las corridas de toros. De hecho, mencionó el espectáculo taurino de modo somero, tan sólo para destacar que la cría de toros bravos mermaba la de mulas de tiro, considerándola un mal indirecto para el conjunto de la actividad ganadera.

Sí profundizó, en cambio, en el ritual del llamado *Toro de San Marcos*, de arraigada tradición en muchos lugares de Extremadura y Castilla occidental, y aunque no hizo referencia alguna a su práctica en Galicia, es preciso señalar que tiene su parangón en el conocido como *Boi de Allariz*, el toro enmaromado de la orensana villa de este nombre que cada año protagonizaba la jornada central de la *Festa do boi*.

Grosso modo, se trata de seleccionar un toro bravo de entre los que pastan en los alrededores de las villas y segregarlo para someterlo a un ritual de índole festivo-religioso de fundamentadas raíces paganas. Nos completa la descripción el propio padre Feijoo:

«El toro sale de la vacada, y olvidado, no sólo de su nativa ferocidad, mas aun al parecer de su esencial irracionalidad, los va siguiendo pacífico a la Iglesia, donde con la misma mansedumbre asiste a las Vísperas solemnes, y el día siguiente a la Misa, y Procesión, hasta que se acaban los Divinos Oficios; los cuales fenecidos, recobrando la fiereza, parte disparado al monte, sin que nadie ose ponérsele delante» (Feijoo, 1778: 201).

Y aunque existen variedades locales de esta ceremonia, que poco varían en lo sustancial, si Feijoo se interesó por este suceso fue por su apariencia paranormal, «uno de los más aptos que pueden ocurrir, para excitar la doctrina de Teólogos, y

Filósofos en el examen de la causa. Hasta ahora se miró esta cuestión como privativamente propia de la Teología; mas ya veremos, que también debe tener en ella su parte la Filosofía» (*Ibidem*: 101).

Buscando desenmarañar la cuestión con criterios racionalistas, propios de la corriente ilustrada en la que el fraile navegaba, apuntaba tres opciones explicativas de la manse-dumbre repentina del toro ante lo sagrado: la milagrosa, la supersticiosa y la natural. La primera no precisaba más explicación que la intervención divina; la segunda la obraría el demonio en virtud de pacto con los agentes de la obra, o simplemente cabría atribuirle al mero adiestramiento del animal. Haciendo ostentación de su desconocimiento acerca del comportamiento de las reses bravas, y apoyándose en un suceso puntual que él mismo había observado, no descartaba que los toros, aun siendo bravos, respondiesen a las indicaciones de los vaqueros y depusiesen durante unas horas su natural acometividad (*Ibidem*: 207). La tercera explicación ocurría mediante «algún medio, contenido en la esfera de la naturaleza, y proporcionado al efecto se logra éste, es natural» (*Ibidem*: 101). Citaba a Dioscórides y a su tratado de botánica para atribuir a la raíz de onagra el efecto sedante requerido, corroborado posteriormente por la versión anotada por Andrés Laguna, quien estudió «el efecto embriagador de la planta en algún toro de San Marcos» (*Ibidem*: 216). Como cabe suponer, la población que se beneficiaba de este suceso prefería reputarlo al milagro, por lo de prestigioso que ello aportaba a la localidad. Fuese como fuese, nuestro monje repudiaba el rito del toro de San Marcos. Su opinión, expresada por escrito, fue causa de que el obispo de Ávila prohibiera la celebración de esta fiesta en una localidad de la provincia (*Ibidem*: 216). En definitiva, no es, repetimos, que abordase la valoración ética del juego taurino, sino las consecuencias de este en la significación y en

la práctica religiosa: falsa taumaturgia, irreverencia, superstición, distracción de los fieles en las ceremonias, etc.

Damos un salto en el tiempo para situarnos en los años centrales del XIX, con la fiesta taurina expulsada de la plaza mayor de la villa y recién trasladada al ruedo, al escenario expresamente construido para ese fin. La Coruña había levantado ya su primer coso taurino y unos años más tarde también Santiago lo iba a tener.

Algo estaba cambiando en la España de esa época cuando un grupo de mujeres accedieron al protagonismo intelectual de la segunda mitad del XIX. Citemos a Emilia Pardo Bazán, María Zambrano, Concepción Arenal, Concha Espina, Clara Campoamor o Victoria Kent entre otras. Algunas de ellas eran gallegas y se interesaron por el hecho taurino. Es el caso de Concepción Arenal (Ferrol, 1820-Vigo, 1893). Abogada y paladín de reformas sociales y penales de la época, habría oído mencionar en su juventud a *Paquiro* y poco después a Cayetano Sanz y otros, pero lo que ya en su madurez le debió machacar los oídos una y otra vez sería la candorosa pugna —que trascendía los ruedos e inundaba la calle— entre los dos grandes monstruos de los setenta: *Lagartijo* y *Frasuelo*. Y le debía repatear bastante, porque la ilustre intelectual ferrolana abominaba de los toros. Dos eran los motivos, bastante dispares por cierto. El primero estaría en sintonía con alguno de los criterios del benedictino Martín Sarmiento y se centraría en el perjuicio económico que causaba al obrero el gasto en corridas y el absentismo laboral. En este sentido, discernía muy bien lo que era indiferente en lo que a los ricos se refiere, pero que resultaba nefasto para las clases bajas. El segundo apuntaba a la esencia misma de la corrida, a la que consideraba irracional, y traspirando el sentir de la época cargaba las tintas en la incomprensible insensibilidad de las espectadoras de su mismo género:

«No hay duda –y hay que decirlo con vergüenza– que hay muchas mujeres que van a los toros, tanto de la plebe como de la aristocracia, tanto del populacho mal vestido como de los círculos elegantes. Hay excepciones pero esa es la regla. También van las mujeres de la Familia Real»¹.

No es mucho lo que podemos decir de la implicación en la fiesta del ferrolano Pablo Iglesias (Ferrol, 1850-Madrid, 1925), fundador del Partido Socialista Obrero Español. Lo traemos a colación a cuento de su intervención en una capea celebrada en un pueblo de Jaén en 1914 –cuando estos espectáculos estaban prohibidos desde 1908–, solicitando se ordenase cumplir la ley. No podemos inferir de esta actuación su rechazo general a los toros, puesto que la razón de la aludida prohibición tenía como objetivo evitar desgracias en plazas donde se corrían y mataban becerras sin darse las condiciones mínimas de seguridad, cuyo principal paradigma eran o son las capeas de los pueblos.

Por el contrario, el universal dramaturgo y novelista Ramón del Valle-Inclán (Villanueva de Arosa, 1866-Santiago de Compostela, 1936), hermano mayor e hijo pródigo a la vez de la generación llamada del 98, sí fue un confeso taurino. Se declaró un gran aficionado a la pintura, el baile y los toros. Admiraba de tal forma lo que sucedía en los ruedos que deseaba para su actividad creadora la emoción y la estética de la corrida², a la que describía como «hermosa» y «arte sin parecido». Una de sus citas más célebres nos lo refiere:

«Si nuestro teatro tuviese el temblor de las fiestas de toros, sería magnífico. Si hubiese sabido transportar esa violencia estética, sería un teatro heroico como La Ilíada».

¹ *El Heraldo de Madrid*, 8 de agosto de 1852.

² Los rasgos compartidos entre la literatura y el toreo –ejemplificados en los casos de Valle y Belmonte–, respecto al acto de la creación artística, los describe de modo admirable Pedro Romero de Solís en su estudio *Belmonte y el Arte*. (Romero de Solís; Gil González, (coords.) 2013: 335-337).

Es improbable que Valle se aficionase a los toros en su Galicia natal. Cuando estudió el bachillerato en Pontevedra, la capital del Lérez no tenía todavía plaza de toros; ni la había en Santiago cuando cursó Derecho en su universidad. Pudo haber ido a alguna corrida a La Coruña, pero lo más probable es que se iniciase en lo taurino tras su traslado a Madrid en la última década del XIX. Allí entró en relación con una intelectualidad originalmente antitaurina (los toros eran síntoma del atraso hispano), pero pronto reconvertida y entregada a las singularidades de la fiesta: una intelectualidad que acogió al matador Juan Belmonte en su seno en calidad de héroe del arte y el valor que en él veían.

Valle Inclán vivió dos épocas taurinas especialmente gloriosas, la Edad de Oro y la de Plata. En la primera, que se extendió a lo largo de casi toda la segunda década del siglo XX, dual entre *Joselito* y Belmonte, se decantó por el belmontismo, hasta el punto de pronunciar un encendido y célebre discurso laudatorio en un homenaje que los intelectuales le organizaron; más adelante hablaremos de él. Belmonte estaba tan completamente integrado en las tertulias –singularmente en el llamado grupo de *Los 20*–, en sus afanes e inquietudes, que hay quien afirma que fue un miembro más de la Generación del 98 y que solo se diferenciaba del grupo en el modo de expresarse³. De la fascinación de Valle por Belmonte escribió José Alameda, una de las plumas más lúcidas de la historiografía taurina de todos los tiempos, lo siguiente:

«Y una borrasca de plumas de diversos calibres, amparadas por las lejanas y subjetivas banderas de Valle-Inclán y Pérez de Ayala (primeros snobs del *belmontismo* incipiente), se lanzan a una carrera deportiva, para ver quién le busca a Belmonte más justificaciones de su existencia, más jerarquía para su presencia, mejor complemento a sus carencias y más aventurada exégesis para sus excelencias» (Alameda, 2002: 159).

³ Esta idea la desarrolla en profundidad (Delgado de la Cámara, 2002: 69).

Tal vez el de *snob* no sea el término que más convenga a la afición del literato por el torero, pues el esnobismo implica un cierto grado de emulación que difícilmente es aplicable a un pionero. Por otra parte, la apuesta era valiente en una época en la que el europeísmo imperante en la intelectualidad de la época no animaba a posicionarse al lado de lo taurino. Ciertamente Belmonte actuó como catalizador y Valle como reactivo en el proceso de asunción del toreo por parte del más selecto club español de inte-



Fig. n.º 18.- Famosa foto del homenaje de los intelectuales a Belmonte en el restaurante *Ideal del Retiro*, 28 de junio de 1913, Madrid. Valle Inclán sentado a la izquierda del maestro. Apud. Romero de Solís, Gil González (coords.)(2013): *Juan Belmonte La epopeya del temple*, Real Maestranza de Caballería de Sevilla, Universidad de Sevilla, Fundación de Estudios Taurinos, pág. 197.

lectuales de las primeras décadas del siglo XX. En cualquier caso el conjunto del texto de Alameda es muy ilustrativo. Hay que añadir que la simpatía y admiración entre escritor y torero era mutua. «Un ser casi sobrenatural», era el calificativo que el trianero dedicaba al poeta de las largas barbas, cuyo *Romance de lobos* figuraba entre las obras preferidas del matador. Simpatía mutua que se trocaría en sincera amistad con el paso del tiempo.

Hay una anécdota entre Valle y Belmonte que se ha hecho célebre y que redunda en la admiración del escritor por el genio artístico del matador. En un momento dado, llegó a decirle al maestro: «Juanito, no te falta más que morir en la plaza»; la respuesta del torero fue genial: «se hará lo que se pueda, don Ramón» (Posada, 2000: 93). Y si no ocurrió así no fue porque Belmonte no se expusiera en el ruedo. Al final, el genio de Triana eligió la soledad de un rincón de su cortijo, traspasado por el pitón diminuto y metálico de un morlaco cuyo portón de chiqueros accionó el mismo matador sin la más mínima intención ni posibilidad de sortearlo después. Precisamente la proximidad y serenidad ante el peligro y la muerte que rondaba al matador cada tarde de corrida fascinaban al poeta, que acudía a verlo en la plaza una y otra vez a «aprender a bien morir», según él mismo escribió.

Del taurinismo y belmontismo de Valle-Inclán tenemos bastantes testimonios, así como de su profunda concepción del toreo, de su conocimiento de la Fiesta y de sus criterios artísticos. Es muy reveladora –y aunque algo extensa, creo que vale la pena reproducirla en su integridad– la larga respuesta que dio al cronista taurino JOTAPÉ, de la revista *La Lidia*, en el transcurso de una cena en el estudio de su amigo común, el escultor Sebastián Miranda, en 1905. El periodista lanzó a Valle-Inclán la pregunta que más le interesaba: «Don Ramón... ¿cree usted que hay arte en los toros?»⁴. Y el interpelado dio una breve y completa lección de la esencia del taurinismo:

«Naturalmente que sí, y mucho. Mire usted: la mayor manifestación del arte es la tragedia. El autor de una tragedia crea un héroe y le dice al público: “Tenéis que amarle.” ¿Y qué hace para que sea amado? Le rodea de peligros, de amenazas, de pre-

⁴ Reproducida en *Diario de La Rioja*, 24 de noviembre de 2013.

sagios... y el público se interesa por el héroe, y cuanto mayor es su desgracia y más cerca está su muerte, más le quiere. Porque el hombre no quiere a su semejante sino cuando lo ve en peligro. Supongamos que un niño está jugando en esta habitación, y nosotros no le hacemos caso; al contrario, tal vez sus juegos nos molesten. De repente, el niño se acerca al balcón y está a punto de caer a la calle; entonces, todos nosotros nos levantamos angustiados y gritamos: “¡Ese niño!” En aquel momento todos queremos al niño, pero ha hecho falta para eso, para que nuestro corazón dé rienda suelta a su amor, que ese ser esté a punto de deshacerse. Es la tragedia... En los toros la tragedia es real. Allí el torero es autor y actor. Él puede a su antojo crear una tragedia, una comedia o una farsa. Cuanto mayor es el peligro del torero, mayor es la amenaza de tragedia y más grande es la manifestación de arte. Hay toreros, como Belmonte, que crean la tragedia, la sienten, y al ejecutar las suertes del toreo, se entregan al toro borrachos de arte. Entonces los cuernos rozan las sedas y el oro de sus trajes; la tragedia se aproxima, el público, sin saberlo, se pone de pie, se emociona, se entusiasma. ¿Por qué? Por el arte. Quitemos a los toros la facultad de matar, y ya no hay fiesta, porque no hay tragedia, no hay arte. Supongamos que en diez años no muere un torero, y entonces se acabó el interés de las corridas de toros. Un torero que no tuviese peligro de ser cogido, acabaría por aburrir al público. Eso le pasó al Guerra. Hoy tenemos el caso de *Joselito*. *Joselito* es el torero que tiene mayores conocimientos y que tiene más facultades físicas. Sin embargo, *Joselito* cansará a los públicos. *Joselito* es el primer actor de la tauromaquia; pero como en este arte el autor y actor van juntos, *Joselito*-autor no quiere crear tragedia; no siente el arte de la tragedia, y a pesar de sus faenas asombrosas, de sus facultades, de sus maravillas, el público nota que le falta algo, algo que será la causa de que le aburra un día, algo que no sabe lo que es. La tragedia... el arte... Su her-

mano Rafael ya es otra cosa; tiene menos facultades que él, sabe menos que él; cuando sale un toro que le inspira, entonces crea arte, entonces es divino, porque, como Belmonte, se transfigura, y transfiguración es teología. Los toros, para ser tal como deben de ser, precisan tener la parte trágica, la muerte del toro, del caballo, y de vez en cuando del torero. El torero que toreando se acerque más a la muerte, ése será el mayor artista, el que mejor interpretará la tragedia taurina, aunque el otro, el que toree con mayor facilidad, quede más veces mejor que él. *Joselito*, los Quintero y la Argentinita son la misma cosa... Están “bien”. Bueno, que de todo esto que le he dicho, los técnicos taurinos, ni aun los mismos toreros, saben una palabra»⁵.

Se equivocaba el vate gallego respecto al futuro de *Joselito*. Como es bien sabido, el diestro sevillano resultaría muerto por un toro en 1920.

En 1914 se organizó en Madrid el ya mencionado banquete homenaje a Juan Belmonte cuando este era aún novillero, eso sí, de postín y prometedor –en aquella época un buen novillero era más seguido por la afición que un matador del montón–, al que acudieron otros intelectuales como Ramón Pérez de Ayala, el escultor Sebastián Miranda o el pintor Julio Romero de Torres. El lugar elegido fue el restaurante Ideal, en el Retiro, al que el torero acudió, más que cohibido, apabullado. El texto de la convocatoria, atribuido a Valle, quizá con la colaboración de Pérez de Ayala, decía así:

«Ya que Juan Belmonte se encuentra entre nosotros, hemos juzgado necesario obsequiarle con una comida fraternal en los jardines del Retiro. Fraternal porque las artes todas son hermanas mellizas, de tal manera que capotes, garapullos, muletas y estoques, cuando los sustentan manos como las de Juan Belmonte y

⁵ *La Lidia*, 26 de abril de 1905.

dan forma sensible y depurada a un corazón heroico como el suyo, no son instrumentos de más baja jerarquía estética que plumas, cinceles y buriles. Antes los aventajan, porque el género de belleza que crean es sublime por momentáneo, y si bien el artista de cualquier condición que sea se supone que otorga por entero su vida en la propia obra, sólo el torero hace plena abdicación y holocausto de ella».

Mencionábamos una segunda época, la Edad de Plata, que se inició hacia 1925 y se extendió hasta el comienzo de la Guerra Civil, con Sánchez Mejías, *Chicuelo*, Marcial Lalanda, Manuel Granero, *Niño de la Palma*, *Armillita*, Domingo Ortega, Valencia, Antonio Márquez, Nicanor Villalta, *Gitanillo de Triana*, Cagancho, Vicente Barrera, Victoriano de la Serna, los hermanos Manolo y Pepe Bienvenida, *El Estudiante* y algún otro. ¡Casi nada! Es seguro que Valle la siguió con interés, pero no podemos olvidar que esa prodigiosa generación convivió aún con algunos elementos supervivientes de la precedente, como Rafael El Gallo, Rodolfo Gaona ¡y el propio Belmonte! Y claro, estando Belmonte por medio, al poeta de las largas barbas todo lo demás debía parecerle asunto menor.

Añadamos algún escrito más que nos complete el interés de Valle-Inclán por la Fiesta. En 1925 publicó, en la colección de *La Novela Semanal*, de Madrid, el artículo *Cartel de Ferias. Cromos isabelinos*, que describe las peripecias de dos torerillos que acuden atraídos por las 23 reses de capea y 4 novillos de muerte que anunciaban los carteles de Solana del Maestre, pueblo imaginario del sureste español que montó una plaza con carros y talanqueras y en cuyo ruedo los dos maletillas desarrollaron su arte con bastante más pena que gloria.

Indudablemente taurino, Valle-Inclán; desde luego que sí.

También lo fue, en la misma época y desde parecida atalaya el escritor y periodista Julio Camba (Vilanova de Arosa, 1882–Madrid, 1962):

«Muchos curas. Muchos militares... Grandes partidas de dominó y de billar. Cuestiones de honor. Toros. Juergas. Broncas. Nubes de limpiabotas, de vendedoras de décimos de la Lotería, de gitanas de las que dicen la buenaventura, de músicos ambulantes, de cojos, de paralíticos... Indudablemente, España no ha cambiado». (Camba, 1920: 28 y s.s)

Esta visión social de la capital de España describía el articulista Julio Camba tras una de sus prolongadas estancias en la capital, donde ocupaba invariablemente la habitación 383 del Hotel Palace, a pie de calle del Madrid de la política, de los toreros y de los buscavidas.

Escribió para los periódicos *El País*, *España Nueva*, *El Sol*, *La Voz* y *ABC*, entre otros, cultivando el artículo en clave de humor. Viajó mucho a Sevilla, ciudad donde era –y es– imposible ignorar el fenómeno taurino. Acuñó en la capital andaluza una frase recurrente cuando se enfrentaba a algún asunto feo o engorroso: «se está mejor en los toros», decía. Y es que, sin ser un cronista específicamente taurino, quien describía la humanidad que le rodeaba, las particularidades de los españoles y «la confrontación de lo español frente a lo foráneo», por fuerza necesitaba realizar frecuentes referencias al planeta de la fiesta.

Camba, que junto a Valle-Inclán frecuentó a Belmonte en algunas tertulias cultas –la ya mencionada de *Los 20* en el café Fornos fue tal vez la más célebre–, asistió con frecuencia a las corridas. Tenía a los toros por criaturitas mansas que sólo guerreaban para dar espectáculo al coso y réplica al torero. Ya en su época se criticaba la mansedumbre creciente del toro en la plaza. Él la justificaba como actitud consustancial al ser vivo, que sólo ataca al sentirse amenazado, y en el capítulo VIII de *La rana viajera*, titulado “La huelga de los cuernos caídos”, especuló con la psicología del toro bravo, comparándola con la de otros animales e incluso con la humana. Basaba su análisis

en la observación del toro bravo en el campo, donde apreció la quietud y aparente tranquilidad del animal en la manada.

Julio Camba se situó también en el lado belmontista de la dualidad taurina de la época, llegando a materializar una entrañable amistad con el *Pasmo de Triana*, con el que pasaba muchos ratos en sus frecuentes visitas a la capital. Paseaban, luego tomaban un café, solos o en compañía de otros destacados representantes de la intelectualidad española⁶. Si la relación de amistad de Belmonte con Valle sufría la distancia de la edad que los separaba, ésta se acortaba en casi un tercio –a diez años– en el caso de Camba. Es difícil elucubrar sobre las motivaciones del trágico final del torero, pero no parece descabellado suponer que la angustiada y larga agonía de su amigo Julio Camba –aquejado al parecer de un mal muy similar al diagnosticado al matador–, a la que éste asistió aterrado, le animase a acelerar el doloroso proceso que entreveía.

Para la posteridad ha quedado –¿es posible que sea casualidad?– otra vinculación de Julio Camba con lo taurino: la calle que en Madrid lleva su nombre bordea la plaza de toros de Las Ventas por su lado oeste.

Si aceptamos la tan repetida idea de que uno no es tanto de donde nace sino de donde cursa el bachillerato, se hará imprescindible incluir en nuestra nómina de personajes a Alejandro Pérez Lugín (Madrid, 1870–La Coruña, 1926), que además de completar en Santiago de Compostela los estudios secundarios, se licenció en Derecho en su Universidad. De padre cordobés y madre gallega, este fecundo polígrafo apenas ejerció la carrera de leyes. Su mayor dedicación fue el periodismo, pero ha sido la narrativa la que mantiene vivo su recuerdo de modo más intenso. Trabajó en varios diarios: *Arte taurino*, *El Mundo*,

⁶ Personajes de la talla de Ignacio Zuloaga, Gregorio Marañón, Ortega y Gasset, los ya citados Valle-Inclán y Pérez de Ayala y otros.

España Nueva, La Mañana, Nuevo Mundo, La Tribuna, Clarín, El Liberal, Heraldo de Madrid, La Libertad, La Voz de Galicia... Se distinguió por dominar la técnica de la entrevista. En sus escritos periodísticos taurinos utilizaba seudónimos de evidentes connotaciones galaicas: *Don Benigno, Farruquiño Penelas...*, pero sobre todo fue conocido en este campo firmando como *Don Pío*.

En el campo de la novela sus grandes éxitos fueron *La Casa de la Troya* (1915) y *Currito de la Cruz* (1921), esta de tema taurino. Ambas fueron llevadas al cine. La segunda se adaptó también como obra teatral y en su versión cinematográfica participó el propio Pérez Lugín, tanto en la confección del guión como en la dirección. Aprovechó el autor, al escribirla, su profundo conocimiento de la atmósfera taurina, que confiere al relato un fuerte realismo. Así, se ven muy bien reflejados en la obra tanto el ambiente de Madrid como el de Sevilla, las tabernas, la plaza de toros y el campo donde pasta el ganado bravo. En uno de los momentos bajos de la carrera del protagonista de la novela, Pérez Lugín le hace torear en todo el verano solamente dos tardes: una en Santiago de Compostela y la otra en San Martín de Valdeiglesias. Aunque no se mencionan fechas, podríamos situar la acción hacia 1920.

Otros de sus escritos de tema taurino fueron *El torero artista. Rafael Gómez ("Gallito") (Apuntes para la historia)* (1911) y *¡¡¡Ki ki ri kí!!! Los "Gallos", sus rivales y "su" prensa* (1914), además de colaboraciones menores en libros de similar temática. Ya hemos adelantado que actuó como corresponsal taurino de diarios madrileños y gallegos en corridas celebradas en Galicia. No dudaba en utilizar con frecuencia expresiones gallegas en sus crónicas y artículos taurinos. La de *La Voz de Galicia* de 7 de agosto de 1916, relativa a la corrida de la víspera en La Coruña, ilustra este aspecto tan característico suyo. Ese día definía el ganado de Carreros como «seis nécoras», en alu-

sión a su dificultad, y remataba el reportaje con el habitual «¡Ey Carballeira!», su expresión más frecuente, conocida y –francamente– de difícil traducción.

Pérez Lugín vivió la etapa triunfal de *Guerrita* (retirado en 1899), la de Antonio Fuentes (sucesor designado a dedo por el anterior), la de *Bombita* y *Machaquito* y la de Oro. Vivió también, de uno u otro modo, la tragedia de *Joselito* en Talavera, pero sólo tuvo tiempo para asistir al alumbramiento de la de Plata. Su condición de crítico taurino no le impidió significarse en el lado gallista de la afición, adscripción que incluía a los dos hermanos de este apodo: Rafael y José, de los que escribió apasionadamente en alguno de los libros antes reseñados. Eso sí, como revistero mantuvo siempre una encomiable imparcialidad. ¡Como debe ser!

Acudía con frecuencia a las ferias taurinas gallegas, sobre todo a la de La Coruña. Puso mucho empeño en enfatizar las posibilidades y debilidades de esta plaza dentro del panorama taurino estival norteño. Reflexionaba sobre todo esto al finalizar la feria coruñesa de 1920. Estimaba que el número ideal de corridas para esta ciudad era de tres, todas de primera categoría. Festejos que había de convocar un contingente de público mucho mayor que las dos únicas corridas que se venían ofreciendo. Esta cuestión era capital para el éxito económico de la temporada, dada «la ausencia de una verdadera afición local y regional»⁷ y la parquedad de la subvención que recibía –cinco o seis mil pesetas., cantidad bastante menor a la que se daba en otras plazas similares–. Y «por picardía empresarial, sería bien comenzarlas en domingo». Añadía que la última convenía que fuese de ocho toros, con un espada de proyección cerrando el cartel. Esta fórmula, decía, «tiene mucho éxito en Pontevedra». Al mismo tiempo afirmaba que en 1920 la feria de La Coruña

⁷ *La Voz de Galicia*, 10 de agosto de 1920.

estaba ya situada entre las grandes, pero convenía incidir en su propuesta para mantenerse.

Pero *Don Pío* iba más allá asesorando a la empresa. Daba nombres. Recomendaba como ganadería a contratar la de Tamarón, de nuevo cuño, con toros pequeños, finos, ofensivos y de gran juego. También los veteranos de Veragua y de Antonio Pérez. La empresa debía huir de la tentación de dar sólo corridas en días festivos para público local, porque minimizaba la categoría de la feria y obligaba a pagar precios muy elevados para ver toreros y toros de mediana entidad. Del mismo modo, desaconsejaba plegarse a las exigencias de algunas figuras de imponer compañeros de terna. «Al que lo ponga como condición se le dice que no, y punto».

Como aficionado, Pérez Lugín militó en el antibelmontismo, siendo notoria su adscripción al bando gallista —que incluía a los dos hermanos, Rafael y José—. Hay coincidencia en que a Don Pío se debe la acuñación del término *gaonera* para ese pase, que cultivó el matador Rodolfo Gaona y que nuestro escritor definió como «de frente por detrás» o «de frente con el capote por detrás».

Pérez Lugín murió en su casa de El Burgo (La Coruña) en 1926 y fue enterrado en el cementerio de San Amaro. Da cuenta de su prestigio el fastuoso entierro que le organizó el ayuntamiento coruñés. Meses antes de su fallecimiento había sido nombrado hijo adoptivo de dos ciudades por las que sentía singular cariño: Santiago de Compostela y Sevilla.

Tras los tres últimos personajes considerados, tan taurinos todos ellos, le toca ahora el turno a otro que se expresó de modo totalmente opuesto. Quería ser médico, pero la temprana orfandad truncó esa carrera. Por suerte para las letras y tal vez para él mismo, Wenceslao Fernández Flórez (La Coruña, 1885-Madrid, 1964) se reorientó hacia el periodismo y la literatura. *La Mañana*, *El Heraldo de Galicia*, *Tierra gallega*, *Diario ferrola-*

no y *El Noroeste* fueron los medios regionales en los que se dio a conocer. En 1905 llegó a Madrid, donde inició sus colaboraciones periodísticas en *Blanco y Negro* y *ABC*. En 1914 comenzó sus crónicas parlamentarias, que pronto se hicieron célebres por su peculiar ironía. Pasó la Guerra Civil en la capital, y después de un obligado tránsito por Francia y Portugal regresó a Madrid, convirtiéndose en un habitual de *El Imparcial* y *La Codorniz*.

Publicó también un buen número de novelas. *Volvoreta* (1917) fue su primer éxito, que se acrecentó con *El secreto de Barba Azul* (1923), *Los que no fuimos a la guerra* (1930), *El malvado Carabel* (1931) y otras muchas, entre las que destaca *El bosque animado* (1943), su obra más perdurable. En 1926 obtuvo el Premio Nacional de Literatura.

Su presencia en estas páginas se debe a su beligerante y pertinaz antitaurinismo, que de un modo singular se vuelca en el libro que lleva por título *El torero, el toro y el gato*, publicado en 1950. Fiel a su humor ácido, acre y deliberadamente confuso, se extiende a lo largo de más de 200 páginas, en las que analiza su postura taurina utilizando la lente de enfoque de los actores, espectadores y relatores de la fiesta. Comienza proclamándose entendido en toros por encima de la totalidad de sus contemporáneos, y confía en que tal conocimiento le hará pasar a la posteridad. A continuación comienza a desparramar sin pudor sus sentimientos de aversión hacia lo taurino. «Enemigo, lo que se llama enemigo, no (...) Tampoco me horripila femeninamente la crueldad de ese espectáculo» (Fernández Flórez, 1952: 6). En realidad, lo que repite una y otra vez es que las corridas acostumbra a ser decepcionantes: «monótonas, aburridas, fatigosas». Se postula como reformador de una fiesta a la que dice –sin veracidad– haber asistido pocas veces. Emite un veredicto y una receta transformadores, aunque ambos muy genéricos: 1. Nadie entiende de toros. 2. Hay que romper la rutina de la corrida.

Tras esta introducción, va dando un repaso al grotesco papel que desempeña cada uno de los actores de la fiesta; reses, toreros, picadores, banderilleros, público, críticos. No soslaya las *charlotadas* ni las *touradas* portuguesas, aunque estas últimas las acepta mejor por su carácter incruento. En general bromea y saca punta a casi todos los pormenores de la fiesta, y también de su historia.

Su momento taurino y vital es casi coincidente con el de Julio Camba, e incluye las etapas más lustrosas de la tauromaquia moderna, aunque sus preferencias hay que cogerlas *con pinzas*. Se declara –con su habitual indisimulada ironía– partidario de Rafael *El Gallo*, pero no por sus cualidades artísticas, sino por sus *espantás* y *petardazos*. Ensalza igualmente a Juan Belmonte, aunque sin entrar a considerar su tauromaquia, sino por su inclinación y ansia cultural. De él deduce que no es en realidad un torero, sino que ejerce la profesión, necesariamente, para ganarse la vida. Saca a escena también a Rodolfo Gaona, con quien se ensaña por su carácter indolente y desabrido.

A través de la lectura del libro, queda claro que Fernández Flórez no es en absoluto ajeno al mundo del toro, sino que posee un conocimiento que no ha podido adquirir asistiendo a unas cuantas corridas, sino viviéndolo desde muy cerca y prestándole cumplida atención.

Analiza también la concepción gallega de la fiesta, en concreto la que se vive en su ciudad natal. Tres o cuatro frases extraídas del prólogo de su libro bastarán para conocer los –¿deliberadamente?– frívolos criterios taurinos que atribuye a sus paisanos:

«La alegre ciudad de la Coruña tiene una comprensión notoriamente distinta del toreo a la que es común en el resto de España. Lo que más gusta es que el toro salte la barrera (...) El toro mejor es aquel al que hay que poner banderillas de fuego».

Y no duda en concluir que la razón única por la que se organizaban corridas de toros en La Coruña era por la certeza de que esos días la lluvia haría acto de presencia, para gran conveniencia y regocijo de las gentes del agro.

A diferencia de otros personajes que conforman este artículo, el profesor, diplomático, político e historiador Salvador de Madariaga (La Coruña, 1886-Locarno, 1978), sí es gallego de nacimiento, aunque su formación académica transcurrió fuera de esta ciudad. Se formó primero en Madrid y a partir de 1900 en Francia, donde se graduó como ingeniero de minas, carrera que ejercería ya de vuelta a España al tiempo que desarrollaba sus inclinaciones humanísticas, adquiridas desde edad temprana. Colaboró, tras la Primera Guerra Mundial, en publicaciones de gran prestigio internacional, como las británicas *Times* o el *Manchester Guardian*. Su conocimiento de la situación internacional y su dominio de distintos idiomas le llevaron a la asesoría técnica en la recién fundada Sociedad de Naciones, desde donde saltaría a la Universidad de Oxford como profesor. En 1931 el gobierno de la República lo nombró, primero embajador en Estados Unidos y después en Francia. Ocupó dos ministerios en 1934, y en 1936 fue elegido numerario de la Real Academia Española. Ese mismo año, la Guerra Civil lo llevó a exiliarse en el Reino Unido, desde donde ejerció una tenaz oposición al franquismo. Participó en el famoso “contubernio” de Munich en 1962 y en 1973 ganó el premio Carlomagno por sus aportaciones al ideal europeísta. Regresó a España en 1976, tras la muerte de Franco.

Nuestro polifacético hombre representó en su forma más genuina la llamada Tercera España, la que en la última fase de la Guerra Civil quiso ofrecer alternativas a los dos totalitarismos que se intuían tras su conclusión: el fascista que venía con los Nacionales y el de formato soviético hacia el que derivaba el gobierno del Frente Popular. En esta difusa Tercera España se encontraban, además del de Madariaga, nombres como los de

Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Azorín y otros igualmente prestigiosos, cuya voluntad conciliadora, de haber fraguado, habría podido minimizar las consecuencias de dolor, división y rencor que siguieron al fin de la contienda.

Su longevidad le permitió contemplar el paso de casi todas las eras y figuras del toreo que la mayoría de sus contemporáneos sólo vivieron parcialmente. En realidad, también él sufrió muchas interrupciones en su supuesto seguimiento taurino, puesto que una buena parte de su vida transcurrió fuera de España, en países europeos de nula presencia taurina, primero como estudiante, luego como profesor y embajador y más tarde como exiliado. A pesar de todo, su pertinaz –obsesivo, tal vez– amor a España y a todo lo español, no le permitió desentenderse de la arraigada afición de que hizo con frecuencia gala.

No puede considerarse autor de tema taurino, pero tampoco son en absoluto desdeñables sus opiniones respecto a la fiesta, de la que opinaba que era inseparable de la psicología y de la existencia de los españoles. Se unía así al concepto orteguiano de la imposibilidad de comprensión de la historia de España ignorando la de su tauromaquia. En su etapa docente en Oxford se convirtió en proselitista de las manifestaciones taurómacas, ensalzando sus cualidades generadoras de las más dispares manifestaciones artísticas: pintura, música, danza, escena...

Con frecuencia utilizaba en sus escritos conceptos tomados del universo de los toros. No tiene desperdicio el símil al que recurrió para describir a Ortega y Gasset y su relación con los conceptos:

«Viene el toro de la idea corriendo hacia él, que lo ha citado con los brazos en alto, y él aguarda a pie firme, lo recibe con elegancia segura y lo vierte en el fluir del tiempo hacia el pasado con un movimiento de capa infalible y lleno de gracia».

Habrà que convenir pues, que si aceptamos de alguna manera la galleguidad de Madariaga, su presencia en estas páginas se hace inexcusable.

La del Nobel Camilo José Cela (Padrón, 1916–Madrid, 2002) sí puede considerarse una vida apegada al mundo de los toros, hasta el punto de animarse a probar fortuna en la arena, con intención –al parecer– de hacer carrera, plétórico de confianza, anunciándose por su propio nombre. Por suerte para la literatura –o por desgracia para la fiesta, nunca lo sabremos– su recorrido fue breve. Al decir del propio Cela, un festejo celebrado en la abulense localidad de Cebreros cercenó prematuramente su

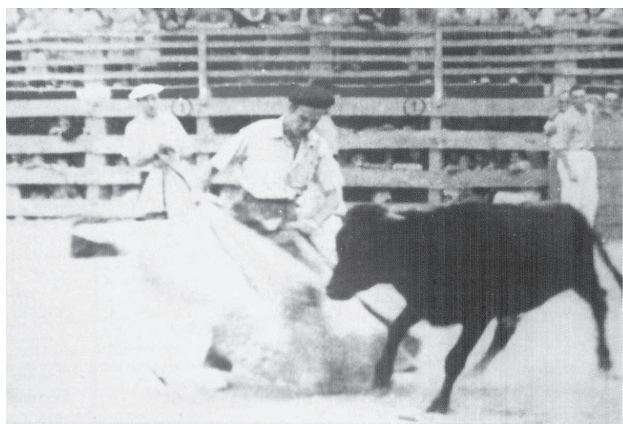


Fig. n.º 19.- *Camilo José Cela toreando en Navas del Marqués (Ávila, 1948). Apud. Abella (2014): Catálogo exposición Camilo José Cela y los Toros, Madrid, Centro de Asuntos Taurinos, pág. 46.*

carrera taurina. El escritor le echó la culpa al toro que le correspondió: «un morucho asqueroso que en vez de ir a la muleta iba a la ingle» (Cela, 1991: 202). A la primera arrancada el animal enganchó al torero por la axila y lo lanzó por los aires, y ya una vez en el suelo le golpeó con fuerza en el abdomen. En el resto de la faena, nos cuenta su hijo, el torero buscó el alivio sin conseguirlo. Citó al toro con la muleta en la mano izquierda, pero lejos de intentar un natural, lo que pretendía era matar recibien-

do, de modo que en el momento del embroque dio un salto hacia atrás endosándole al burel un miserable bajonazo en el vientre, que en lugar de mermarlo lo espoleó. El becerro se revolvió «y enganchó de nuevo a Camilo José Cela en un lío de piernas, astas, muleta y estoque. En la plaza se armó, como suele decirse, la de Dios» (Cela Conde, 2002: 203). Añade el narrador que el episodio sirvió como base para el relato *El Gallego y su cuadrilla*, si bien en la ficción el torero, que también se llamaba Camilo, tenía que ser atendido en la enfermería con un puntazo en el cuello mientras su subalterno *Cascorro* pinchaba con desesperación y desacierto una y otra vez al animal tratando de matarlo (Cela, 1991: 73).

Por lo que sabemos, la carrera taurina del futuro premio Nóbel se redujo a becerradas en tres plazas: Hoyo de Pinares, Las Navas del Marqués y Cebreros. Plazas de pueblo que se cerraban con carros y talanqueras dejando el pilón en el centro. Aunque «por mucha voluntad y empeño que le echó a lo del estoque, no consiguió despachar ninguno de los tres erales que le cayeron en suerte (...). En todos los casos, con una regularidad digna de ser resaltada, a los becerros tuvo que matarlos, a tiros, la Guardia Civil» (*Ibidem*).

Más larga que su carrera toreril fue su andadura como aficionado, en la que se le vio con frecuencia en plazas gallegas y en otras muchas de la geografía española. Él no pudo disfrutar ya de la Edad de Oro, pues cuando *Joselito* murió era aún muy niño, pero sí la de Plata en su fase plena, y pudo asomarse al balcón de nuestra edad contemporánea. Fue amigo de toreros: Domingo Ortega, los Bienvenida, Luís Miguel Dominguín... Y espectador de la generación posterior que admiró a los Aparicio, *Litri*, Puerta, Camino, Curro Romero, *El Viti* y *Antoñete*, entre otros. Asistió también a la eclosión del heterogéneo –e indudable animador del cotarro taurino– *El Cordobés*, así como a la del tal vez último revolucionario del toreo, Paco Ojeda, y a la de

alguno de sus discípulos. Es decir que su visión del toreo es la que llegó hasta ayer mismo.

Respecto a sus escritos, hay que decir que Cela no se prodigó en lo que pueda considerarse pura tauromaquia, tal vez con la sola excepción del capítulo «Ante dos toreros muertos» (Cela, 1991: 391), de la obra *Las compañías convenientes*, en el que pisa terrenos muy próximos a la crítica y a la reflexión taurinas, sin soslayar una declaración explícita e incontestable de su afición: «su real y verdadera afición (habla de sí mismo en tercera persona) le lleva tarde tras tarde por el camino incierto de la plaza, por el camino misterioso y lleno de sorpresas que le conduce al más sorprendente, misterioso e insólito espectáculo que hayan visto los siglos».

De *Torerías*, de título tan sugerente, sólo algunos relatos tienen algo –no mucho– que ver con el mundo de los toros; son estos “Baile en la plaza”, “Independencia Trijueque (*Gorda II*) señorita torera”, “Sansón García tiene ganas de hablar” y el que da título al conjunto: “El gallego y su cuadrilla”.

Toreo de Salón se inicia (“introitos”) con una prometedorra reflexión de hondo calado taurino. Pronto abandona este argumento y aborda otros bien diferentes, eso sí, empleando con magistral acierto el lenguaje y los ambientes de la fiesta para definir elementos y situaciones ajenos a este ámbito. Y es que sus conocimientos taurinos están más que contrastados. Utilizó el Cossío para escoger los nombres de algunos de sus personajes, como el de su paisano, el novillero betanceiro Isidro Otero Roca, *Niño de la Categoría*, nacido en 1913, del que Cossío nos dice tan sólo que toreó en la plaza de Tetuán en 1935, y que aquí Cela emparenta con su personaje y rebautiza con el ordinal romano II para distinguirlo del genuino.

En su obra *Madrid*, los toros aparecen de forma esporádica. Tangencialmente se abordan en sus descripciones de la Plaza Mayor, de la taberna de Antonio Sánchez –que fue torero de

alternativa-, de la venta del Batán en “La Casa de Campo” y en “¡Al fútbol! ¡Al fútbol!”, pero adquieren protagonismo pleno en el capítulo “La plaza de toros”, que debería formularse en plural puesto que se trata de una breve, aunque interesantísima, crónica de las sucesivas plazas de toros que la capital ha tenido, desde la del Retiro -mandada construir por Felipe IV-, hasta la actual de las Ventas, de la que aclara que no es de corte mudéjar, como la otra [la de la carretera de Aragón], sino mozárabe; de sus corridas inaugurales, y de los avatares luctuosos acaecidos en sus ruedas, como la muerte de *Pepe-Hillo* en la plaza de la Puerta de Alcalá, o la del *Espartero*, en el coso mudéjar antes reseñado.

No tienen tinte taurino los prólogos a *El torerillo de invierno*, de Mariano Tudela, y a *Duendes, entes y mojigangas*, de Benito Román, a pesar de aparecer en el recopilatorio *Torerías*. En el primero no se lee en todo el texto palabra alguna que tenga que ver con la fiesta, y en el segundo, tan sólo una frase, si aceptamos que *enanos vestidos de luces* lo sea.

Valga como colofón a las muestras de la inclinación y criterio taurinos del Nobel gallego la frase que pronunció al inaugurarse el Coliseo coruñés en 1991: «ya era hora de que La Coruña se incorporase a la cultura, recuperando la fiesta de toros» (Cossío, 2007, vol. 6: 370). Por cierto, que el entonces alcalde de la ciudad, Francisco Vázquez, le regaló la cabeza disecada del segundo toro lidiado en la corrida inaugural, al que Morenito de Maracay cortó la primera oreja en el nuevo coso.

Aunque nacida en Cantabria, la escritora Elena Quiroga (Santander, 1921-La Coruña, 1995) pasó su primera infancia en Galicia a causa de su precoz orfandad. Ella misma se sentía y decía gallega. Vivió después en Bilbao, Barcelona y Madrid, con intermitentes -aunque prolongadas- estancias en La Coruña y Nigrán (Pontevedra). Se casó con el historiador gallego Dalmiro de la Válgoma.

Algunas de sus novelas son de tema galaico, pero lo que aquí interesa es su aproximación al mundo de los toros, que reflejó en *La última corrida* (1958), un texto dialogado entre un torero ya en su decadencia y otro en plena ascensión y que viene a reflejar el miedo y la soledad que envuelven a todo ser humano, por más que se halle envuelto en el aura de la heroicidad característica del torero admirado. Tras la lectura de la novela, no hay duda en situar a la fecunda escritora y académica de la Lengua (fue la tercera mujer en ingresar en la institución) en el bando de los intelectuales gallegos favorables a la fiesta.

Tal vez el hombre de letras más conspicuamente taurino salido de Galicia haya sido el periodista, escritor y presentador multimedia Antonio D. Olano (Villalba, 1938-Madrid, 2012), que llegó a torear en su juventud novilladas sin caballos. Escribió de toros desde muy joven en la prensa gallega, en los diarios *La Noche*, *El Correo Gallego*, *La Voz de Galicia* y *Faro de Vigo*. De aquí dio el salto a Madrid, a semanarios taurinos como *Dígame* y *El Ruedo*, además de colaborar en diversas páginas de la prensa general: *El Alcázar*, *Pueblo*, *Informaciones*, etc. También los oyentes de la SER, Radio España y Televisión Española le escucharon y vieron hablar de toros y con toreros.

Como taurino, la vida de Olano se sitúa en una época muy próxima a la de Cela y a la de la propia Elena Quiroga, prolongándose hasta, prácticamente, el día de hoy. Ocurre, sin embargo, que sus vivencias en este terreno no se ciñen a las del mero aficionado, por bueno, constante y bien relacionado que este esté. Al igual que sucediera con otros escritores y artistas –Picasso o Hemingway son paradigmáticos–, su presencia en el ámbito taurino salta la barrera y se adentra en los espacios personales y familiares de toreros, ganaderos y empresarios; de la gente del toro, en una palabra. De este modo pudo bucear en las biografías de los Dominguín, Ordóñez y Rivera, tanto en su vertiente taurina como humana, en su libro *Dinastías*, en el que

mezcla con sabrosa prodigalidad tauromaquia y corazón. Pudo hacerlo porque conocía bien a los protagonistas, hasta la intimidad. Además de la gente del toro, Olano trató a artistas de la talla de Ava Gardner o Picasso –de quien también escribió–. Su privilegiada posición le permitía hablar en primera persona de muchos de los acontecimientos narrados, con la consiguiente carga de credibilidad y calor descriptivo que eso aporta. Anteponía el respeto por los protagonistas de sus escritos a cualquier otra consideración, y cuando las circunstancias le obligaban a ser crítico, lo hacía bajo la irrenunciable premisa de la caballerosidad; incidía donde debía hacerlo, pero sin hacer presa en el criticado, dejando siempre una puerta abierta a aspectos positivos y a justificaciones que pudieran llegar a redimir al encausado. En *Dinastías* se muestra enardecedor y tierno. Utilizó prosa periodística, que si bien adolece en algún momento de debilidad estilística o de confusión conceptual, siempre resulta rica en frescura y naturalidad. Prodigó además las citas poéticas.

Olano sabía de toros, es indudable. Manejaba bien el lenguaje específico de la fiesta y es sin duda en su novela *Los hombres se visten de plata* donde muestra en total plenitud su conocimiento del planeta taurino. La trama es original, alejada –en la medida que la temática lo permite– de la mayoría de las novelas de similar corte. Tras una grave cogida, José Carmona, famoso matador de toros, está siendo operado a corazón abierto. En el anfiteatro anatómico, los hombres de su cuadrilla, angustiados, se mezclan con los fríos estudiantes de medicina para seguir la operación que practica un famoso cirujano. Intercaladas con detalles de la intervención quirúrgica, los subalternos, uno a uno, van repasando sus vidas profesionales y personales, y recreando la del hombre que abajo se debate entre la vida y la muerte, y su relación con este.

Ambientada en la época de los Dominguín, Ordóñez, Curro Romero, etc., intercalando personajes reales con otros fic-

ticios, Olano desvela los sórdidos entresijos de la fiesta en lo que aspira a ser un libro de denuncia de las corruptelas que salpican a todos sus estamentos. Es una muestra también de la rudeza y la ternura que envuelven a los protagonistas del mundo del toro, y una exposición de su diversidad psicológica y cultural.

También en *Los hombres se visten de plata* es donde Olano muestra su prosa más imaginativa y brillante, mucho más que en *Dinastías*. Personajes famosos de la época, como Orson Welles, Jean Cau o Renault intervienen en la narración, y él mismo aparece desarrollando su habitual rol de cronista taurino. Pero en definitiva son los picadores, banderilleros, peones de brega, el mozo de estoques, incluso el chófer, los verdaderos protagonistas de esta historia. «Ellos saben muy bien que los hombres, los verdaderos hombres, son los que se visten de plata» (Olano, 1974: 75). Tal vez la narración del día a día de estos *also stars* de la fiesta, sus viajes, relaciones forzadas, contratos, elección de ganado y compañeros de terna..., en fin, todo aquello que el aficionado no ve pero que conforma el desarrollo de la temporada taurina, sea uno de los aspectos que más se agradece tras la lectura de la novela.

Es casi seguro que los nombres hasta aquí reseñados resultan conocidos para el común de los lectores de estas páginas, pues todos ellos tendrían perfecta cabida en un estudio general hispano de la materia. Menos probable es que lo hagan otros cuya actividad literaria o artística apenas traspasó el ámbito regional y cuya evocación acometemos a continuación. Sin embargo, el situarlos en este artículo en un segundo escalón no responde tanto a esta restricción geográfica como a su relación más tangencial con el mundo del toro. No puede desaprovechar, sin embargo, quien esto escribe, la ocasión de hacer algo más conocidos algunos nombres de intelectuales gallegos que de una u otra forma han tenido vinculación directa con la fiesta.

Novelesca es en sí la vida de Antonio Romero Ortiz (Santiago, 1822-1884), quien estudió Derecho y Filosofía en su ciudad natal. ¿Intelectual? Tal vez no lo fue en sentido estricto, aunque hombre de letras, sí, pero sobre todo, político. Considerado en su totalidad, su nombre no debe faltar en este ensayo. En 1842 fundó el diario *Santiago y a ellos. Periódico crítico, satírico y burlesco, de literatura y costumbres*. Involucrado en varias revoluciones contra el poder establecido (singularmente las de 1846 y 1868), fue primero condenado a muerte, encarcelado y varias veces desterrado, condenas que alternó con un paulatino ascenso político que, desde 1854 hasta 1881, le llevó a ocupar los cargos de gobernador, diputado y dos veces ministro (Gracia y Justicia en 1869 y Ultramar en 1874), amén de rechazar otro ministerio al iniciarse la década final de la centuria, todo ello al vaivén de las características oscilaciones políticas del siglo XIX.

Su presencia en estas páginas viene a cuento por su colaboración, desde uno de sus destierros en Lisboa, con varios periódicos madrileños, entre ellos el *Semanario Pintoresco Español*, fundado por Mesonero Romanos, al que envió periódicas reseñas de corridas de toros celebradas en Lisboa. Destaca la recogida en una publicación del año 1963, de la Unión de Bibliófilos Taurinos, titulada *Toros y Literatura Costumbrista. Tres artículos del Semanario Pintoresco Español*. En ella pone en boca de un aficionado portugués las excelencias del arte taurino, narrada con fino sarcasmo galaico.

Casi coetáneo de Antonio Romero es Ricardo Puente y Brañas (La Coruña, 1835-Madrid, 1880). Además de colaborador en otros periódicos, cofundó uno: *El Iris de Galicia*. Funcionario del Estado, ocupó cargos como el de Gobernador Civil de León y de Alicante y Jefe de Prensa de la Presidencia del Consejo de Ministros durante el reinado de Alfonso XII. Pero lo que le dio popularidad y le trae a estas páginas fue su activi-

dad como libretista, y en concreto el texto que escribió para la zarzuela de tema taurino *Pepe-Hillo*, con música de Guillermo Cereceda, que estrenaron los Bufos de Arderius en 1870. Se trata de una narración en verso que recrea con admirable tino el ambiente taurino y social de los años finales del siglo XVIII y que fue muy bien acogida por el público.

Más vinculado a la fiesta que los dos anteriores estuvo Luís Taboada y Coca (Vigo, 1848-Madrid, 1906). Periodista de ideas avanzadas, colaboró en publicaciones de prestigio como *El Imparcial* o *El gato Negro*, en las que incluyó con frecuencia artículos relativos a la fiesta. Polemista, sarcástico, pleno de humor, en 1892 publicó un conjunto de relatos de tema taurino bajo el título *Siga la fiesta.*, con ilustraciones de Pons.

El periodista, escritor y político de talante federalista Aureliano J. Pereira de la Riva (Lugo, 1855-Madrid, 1906), se inició en el *Diario de Lugo*, para fundar después *El Regional*, uno de los periódicos más importantes de la Galicia de los años finales del XIX. Escribió en gallego y en castellano y tal vez su faceta más destacada haya sido la poesía. Investigador folclorista, se posicionó frente a la fiesta, alineándose en el bando detractor. Constató que algunos paisanos suyos –y él mismo– la miraban con antipatía, tratándola de cruento espectáculo, pero al mismo tiempo no podía negar la penetración que en su región estaba teniendo en los años finales del XIX, lo que consideraba síntoma de decadencia.

Su antitaurinismo fue conceptual y utilitarista, aunque no muy beligerante. Los toros eran, decía, elemento de distracción en Galicia. Sin embargo, sus escritos al respecto denotaban una encomiable honestidad historiográfica. Manifestaba que si bien en esta región la tauromaquia no había alcanzado gran desarrollo, en el resto de España sí, siendo prueba de ello las noticias que con «lamentable frecuencia» (Pereira, 1988: 317-320). anunciaban la construcción de nuevas plazas. Al mismo tiempo

se cuestionaba cómo dar crédito a semejante supuesta decadencia si hasta la *santa caridad* apelaba a ella para repartir sus beneficios entre los desdichados, dado que las corridas benéficas se hallaban en boga en esa época. Significativa es su opinión respecto a la tradición gallega de la fiesta, que considera «anti-quísima» (*Ibidem*).

Enrique Labarta Pose (Baio-Zas, 1863-Barcelona, 1925) se licenció en Derecho en Santiago, aunque nunca ejerció la profesión, prodigándose más en la prensa y en el campo poético festivo. Interesa al ámbito taurino un extenso poema que se hizo muy popular, sobre todo en la comarca pontevedresa, titulado *Revista dunha corrida de ¿tours? na villa de Noia, feita por un labrego*. Se trata de una composición satírica en la que un paisano noyés narra un festejo taurino que contempla por vez primera y en el que se lidia ganado de la comarca coruñesa de Barbanza. Eran toros autóctonos de baja casta, aunque de no escasa presencia, que hasta bien entrado el siglo XX aún se toreaban en algunas plazas gallegas de segundo orden.

Con similar criterio al empleado para Pérez Lugín, incluimos en el elenco de gallegos de obra taurina a Alberto Insúa (La Habana, 1885-Madrid, 1963), que nació en Cuba de padres emigrados. En concreto era hijo del escritor Waldo Álvarez Insúa. Alberto se trasladó a Galicia siendo muy niño y, al igual que Pérez Lugín, en esta región inició sus estudios.

Escribió varias novelas de no extraordinaria consideración, pero una de ellas, *La mujer, el torero y el toro*, de contenido netamente taurino, se hizo famosísima, y a pesar de la censura franquista vio varias ediciones, se tradujo a otros idiomas y fue llevada al cine. Al igual que otras del mismo estilo, retrata con pulcritud los contenidos y la ambientación de la fiesta, aunque le falta, como a Blasco Ibáñez –y en cierto modo al propio Ernest Hemingway–, un conocimiento profundo de la misma.

El pintor y escritor ferrolano José Leyra Domínguez (Ferrol, 1912-1997), habitual colaborador de la prensa y miembro de la Real Academia Gallega, se mostraba en los años centrales del siglo XX totalmente contrario al espectáculo taurino. Escribía a propósito de los rumores acerca de la construcción de una nueva plaza de toros en Santiago:

«Dejemos para otras ciudades este poco aleccionador espectáculo, sean otros los pueblos continuadores del antiguo rito del toro... No admitamos que en Compostela, ni en sus proximidades, se tiña con la piedad cristiana, la antigua orgía de Dionisio y de Príapo, antes bien, hagamos lo posible para que en cualquier rincón pudiera convertirse en monumento aquel dibujo del genial Castelao, síntesis genuina del pensar gallego: un torero femenilmente garboso, lidiando un toro sudoroso y ensangrentado; un noble paisano observa y exclama: ¡Lástima de boi!!!» (Leyra Domínguez, 1994: 24).

O Leyra ignoraba, o no deseaba traer a colación, que el propio Castelao realizó algún apunte en el que patentizaba un conocimiento bastante preciso de la estética taurina.

No terminan aún aquí los nombres de personajes gallegos de la pluma, la paleta o el cincel que de una u otra forma expresaran inclinación taurina. Francisco “Cuco” Cerecedo, Prudencio Iglesias Hermida, Juan Brasa, Mariano Tudela, Alfonso Don Rodríguez Castelao, Francisco Asorey y otros tendrían también cabida en esta sección que, de dar pormenores de su obra, sobrepasaría en exceso su razonable extensión⁷. Pero creemos que lo esencial queda escrito.

La heterogénea galería de notables exhibida en este artículo nos muestra las distintas percepciones que sobre la fiesta de

⁸ Invitamos a los lectores interesados a consultar el artículo de Antonio Castillo Rebollo, proveedor de libros taurinos: “Algunos gallegos que escribieron de toros”, en *Caireles* n° 29, Barcelona, diciembre, 2010, pág. 69-73.

los toros ha tenido una parcela de la conciencia crítica de Galicia. Pero además, y por ello hemos optado por su presentación cronológica, nos informa de los cambiantes fundamentos sobre los que se ha desarrollado históricamente el antitaurinismo en esta región, que sólo en parte son coincidentes con los registrados en el resto de España. Los siglos XVIII y XIX comparten tres categorías de argumentos para rechazar la fiesta: morales, económicos y racionales. Su desarrollo se resume en que aproxima a los dos sexos, fomenta el absentismo laboral e insulta a la razón, bien por consideraciones supersticiosas (toro enmaromado estudiado por Feijoo) o por la barbarie que lo informa (Concepción Arenal).

Sólo Pereira de la Riva y en menor medida Fernández Flórez apelan de un modo explícito al carácter cruento de la fiesta para rechazarla. Estamos en el último cuarto del XIX y primera mitad del XX. A partir de aquí no es el denominado animalismo el que, en el sentir de los intelectuales, sustenta la detracción hacia los toros, sino su escasa tradición en la región, consideración ésta que enmascara –además de un notable desconocimiento histórico⁹– el constante sello identitario que el regionalismo extremo añora siempre en las manifestaciones populares. Tengamos en cuenta, además, que el ganado vacuno (aunque no el bravo) ha constituido en Galicia una parte muy sustancial de su economía y base esencial de la subsistencia de una amplia mayoría de su población, cuestión esta que no ha jugado muy a favor del aprecio taurino en el agro gallego.

⁹ En Galicia la tradición taurina documentada se remonta al siglo XVI, y hasta bien entrado el XX los toros constituían el espectáculo más demandado y apreciado por la población gallega. Nos remitimos a nuestro estudio: “La afición taurina en Galicia (pasado y presente)” (2013), en *Revista de Estudios Taurinos*, n.º 33, Sevilla, Real Maestranza de Caballería de Sevilla, Fundación de Estudios Taurinos, págs.13-44.

En la actualidad las cosas han cambiado y el posicionamiento de los intelectuales gallegos ante la fiesta, o no se manifiesta, o es muy silencioso. En ello puede tener que ver el escaso peso que hoy en día ocupa lo taurino en el reparto lúdico de la población. Son ahora otras voces las que lo hacen. Las más sonoras parten, invariablemente, de posiciones políticas de la izquierda nacionalista y hallan su eco en difusos grupos de reivindicaciones diversas, muy activos y beligerantes, implicados en numerosas iniciativas de carácter vindicativo minoritario, que engloban diversas cuestiones, entre las que incluyen también la defensa de los animales. Mudan los tiempos y con ellos los modos de expresión, pero nada es casi nunca definitivo y estamos persuadidos de que antes o después la intelectualidad gallega se hará oír de nuevo respecto al hecho taurino.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

- Alameda, José (2002): *El hilo del toreo*, Madrid, Espasa-Calpe (1ª ed. 1989).
- Camba, Julio (1920): *La rana viajera*, Barcelona, Alhena Media.
- Castillo Rebollo, Antonio (2010): “Algunos gallegos que escribieron de toros”, *Caireles*, nº 29, diciembre, Barcelona, págs. 69-73.
- Cela, Camilo José (1991): *Torerías*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Cela Conde, Camilo José (2002): *Cela, mi padre*, Madrid, Temas de hoy.
- Delgado de la Cámara, Domingo (2002): *Revisión del toreo*, Madrid, Alianza.
- Feijoo, Benito Jerónimo (1778): *Teatro crítico universal*, discurso 8º (1736). Edición de Andrés Ortega, Real Compañía de Impresores y Libreros, tomo séptimo, Madrid.
- Fernández Flórez, Wenceslao (1952): *El toro, el torero y el gato*, Librería General, Zaragoza.
- Leyra Domínguez, J. (1994): “Toros en la ciudad del Apóstol”, en *ATURUXO, Revista de poesía e crítica*, Ferrol, 1952-1960 (Edición Facsímil, Santiago, Xunta de Galicia).
- Olano, Antonio D. (1977): *Los hombres que se visten de plata*, Barcelona, Planeta.
- _____ (1988): *Dinastías*, Madrid, Promociones CH. AAS, S.A.
- Pereira, Aureliano J. (1988): “Toros en Lugo en 1759”, en *Galicia, Revista Regional*, Año II, nº. 7º julio.
- Posada, Juan (2000): *La fiesta del siglo XXI*, Madrid, Espasa.
- Romero de Solís, P. y Gil González, J. C. (coords.) (2013): *Juan Belmonte. La epopeya del templo*. Sevilla, Fundación Real Maestranza de Caballería de Sevilla. Fundación de Estudios Taurinos. Universidad de Sevilla.

- Sanmartín Miguez, José María (2013), “La afición taurina en Galicia (pasado y presente)”, en *Revista de Estudios Taurinos*, nº 33, Sevilla, Real Maestranza de Caballería de Sevilla, Fundación de Estudios Taurinos, págs.13-44.
- Shubert, Adrian (2002): *A las cinco de la tarde. Una historia social del toreo*, Madrid, Turner.
- _____ (2010): “El toreo en la historia española”, *Revista de Estudios Taurinos*, nº 28, Sevilla, Real Maestranza de Caballería de Sevilla, Fundación de Estudios Taurinos, págs. 15-41.
- Valle-Inclán, Joaquin del (2000): *Ramón María del Valle-Inclán: Entrevistas*, Madrid, Espasa-Calpe.

El Heraldo de Madrid.

La Voz de Galicia.

Diario de la Rioja.

La Lidia: Revista Taurina.

